

ESCUPTORES CATALANES

En León, la románica, donde el panteón real de San Isidoro cierra la bóveda del arte pictórico del siglo XII, con sus rojos, sus negros, su estilización bizantina, su Pantocrator y sus santos y ángeles; en León, la de la catedral «pulchra leonina», y la del plateresco hostal de San Marcos, donde los huéspedes se alojan bajo piedras nobles, sin sospechar que allí alojaron, contra su voluntad, preso, a don Francisco de Quevedo; en León de los Guzmánes en el que los romanos plantaron el campamento de la «Legio VII Gemina», existe, algo alejada, como un peregrino que se hubiese detenido en su andar, una iglesia que, humildemente, adopta el nombre de ermita; la Virgen del Camino. Cuando los amantes del arte y la historia, han abandonado la catedral, y las fabulosas pinturas románicas, y el único, excepcional, albergue de San Marcos, cuando han rodeado las murallas y evocado la marcha de las legiones, terminan siempre visitando esta ermita, que es muy moderna, como el templo Fisac en Valladolid, y que contrasta, por ello, con la venerable arqueología de la capital. En la puerta están los apóstoles de Subirachs. En realidad, nadie, si no es por devoción a la bella y legendaria Virgen, visitaría esta iglesia, debida al talento de un arquitecto dominico, si o fuera por estas figuras de Subirachs, que revolucionaron el arte de la escultura, y que proclaman el talento de un gran artista catalán, quizá, con Chillida, los dos grandes de nuestro tiempo.

Subirachs ha repetido las muestras de su arte; en la Banca López Quesada, en la tan madrileña Carrera de San Jerónimo, la fría mecánica del dinero —que tanto obsesiona estos días a todos... los que lo tienen...— queda como limpia y espiritualizada, por las puertas de Subirachs, de un metal entre plata y carbón brillante, con las tallas de reflejos casi azulados.

Hoy Subirachs ha venido a nosotros en una exposición conjunta, actual y retrospectiva, de escultores catalanes. No es una exposición exhaustiva, sino una exposición elegida; una exposición modelica y no una exposición masiva. Subirachs figura en ella con unas esculturas más reducidas de lo general en el que ama lo monumental, y que, como Chillida, gusta conjugar el paisaje y el aire con su obra. Son muestras que pueden enriquecer nuestras paredes, que dan fe de cómo el gran artista siente, a su manera, la intimidad. Junto a las grandes moles de González y de Martí, con sus formas informales, de una escultura que sugiere más que dice —en la escultura moderna toma una gran parte la imaginación del espectador, lo que ya advirtió, en la época de las formas concretas, otro gran catalán y conocedor del arte: Eugeni d'Ors— esta sensible oferta de Subirachs parece que pudiera hablar con nosotros, en la soledad del despacho hogareño, como si nos visitara o nos acompañase. «¡Qué quietas están las cosas y qué bien se está con ellas!», dijo Juan Ramón. Si insisto tanto sobre su conseguida obra de arte, más accesible al interior de lo común en su quehacer, es porque, dentro de una panorámica no muy variada de la estructura catalana, da fe del aspecto tierno de Subirachs. Un escultor que recibió, sin duda, del mar que acaricia las costas catalanas, la inspiración de los mármoles milenarios, de las formas torturadas de los olivos, de los cantos que llegan en el viento, sin saber de dónde proceden: quizá de las sirenas que hicieron huir a Ulises.

También en esta muestra del arte catalán —tan extenso y que no se reduce a Rusiñol, a Casas, a Pla, o a Nonell, como parece por las subastas que da el mayor tomo en pintura, literatura, escultura o música, del concierto total de España— nos encontramos con unas terracotas de «Manolo»: Manolo Hugué. «Manolo» es legendario, no sólo por su obra, sino también por su vida. Así suele suceder, al término, con los grandes artistas. Estas terracotas son, también, esencialmente íntimas, como, por otra parte, fue la obra de «Manolo», hecha para la sensibilidad. Son pequeñas figuras, a las que el barro presta un singular encanto carnal. Diríase que, por su misma fragilidad, el barro tiene vida, como la piedra histórica. «Manolo» posee el don de la verdad. Solamente, hace tiempo ya, vimos unas figuras suyas en la galería «Theo», que toma su nombre del devoto hermano de Van Gogh. Ahora están aquí, acompañadas, como no siempre lo estuvo Hugué, junto a Subirachs, a Marcel Martí, a Isabel Selleros, a Julio González, y a un pequeño, inusitado, torso de Gargallo, que, por una vez, parece haberse enamorado de la materia, y nos seduce con ella. Esta pequeña obra nos hace pensar en que algo, o alguien, muy deseado, apareciese ante nosotros como una realidad que fuese, al tiempo, imaginación.

La galería «Skira» merece plácemes por este esfuerzo en mostrarnos la obra de algunos escultores catalanes. Nosotros, sin querer, sentimos su presencia como la de unos amigos que se hubiesen detenido, en un largo periplo de trabajo o ausencia, para regalarnos un recatado, y a la vez extenso, gozo espiritual. — Manuel POMBO ANGULO.